

LA ACTIVACIÓN DEL LUGAR COMÚN EN EL TRATAMIENTO MARTIANO DE LA HISTORIA

Maria POUMIER

Université Paris 8

A partir del hecho de que José Martí es un militante decisivo en su tiempo, se suele deducir que debe tener una visión de la historia de tipo progresista, y esta opinión se impone a través de todos los comentarios de tipo didáctico que suscita su obra ; sin embargo cuando uno lee sus comentarios sobre episodios precisos del pasado, uno descubre que rechaza la ideologización de la historia, a la vez que saca del viaje por el tiempo unas lecciones actualizadas en forma muy personal. Así es como el lugar común « el tiempo pasa, pero nada cambia realmente », adquiere a través del método de escritura martiana una carga energética poco común. Vamos a ver cómo Martí nos mueve a partir de un lugar común excitante (tenemos una deuda pendiente con nuestro enemigo, al que vamos a cobrarle las afrentas del pasado) para llevarnos a una afirmación mucho más germinativa, aunque nada original tampoco (nuestro combate supone la remisión de las deudas del pasado, una « guerra sin odio », tanto contra nuestros adversarios del presente, como contra las tentaciones vengativas que nos habitan).

Ante la amplitud de los conocimientos y de los intereses de José Martí, el lector se sorprende de la escasez de comentarios suyos en torno a los problemas que plantea la interpretación del pasado, como si para él la historia no fuera problemática. Aquí partiremos de la suposición de que no era indiferencia o pereza lo que alejaba a Martí de esa problemática, sino que sus silencios al respecto tenían un sentido preciso. Evidentemente, siendo un periodista y un constructor, empeñado en declarar presentes en su entorno todos los factores de humanismo que él quería impulsar para fraguar el futuro, tenía en cuenta el carácter de instrumento de gobierno que puede tener la historia. Martí sabía sin lugar a dudas mejor que nadie hasta qué punto es cierto el aforismo famoso : « quien controla el pasado controla el futuro, y sólo dictamina sobre el pasado el dueño del presente »¹. Incluso parece haber sospechado que el afán científico moderno por averiguar cosas del pasado no es nunca desinteresado. Escribió a modo de introducción para una reflexión acerca de lo hereditario en el ser humano :

Se intenta en estos tiempos lo que parece posible conseguir : la reducción del hombre, con todas sus facultades espirituales y agencias físicas, a un ente regular científico ; la predicción exacta de lo futuro por el conocimiento exacto de lo pasado ; la previsión de las acciones humanas, como se prevén ya las tormentas y el curso de los astros ; la supresión de lo maravilloso y extrarregular en la existencia ; la reducción a leyes fijas de los movimientos humanos.²

Y no quiso practicar ese tipo de historia determinista que quiere formatear el futuro según una ideología dogmática, porque odiaba la demagogia. Intuyendo, desde la más temprana adolescencia, cuál podía ser su autoridad sobre sus contemporáneos, rechazaba el abuso de poder sobre sus lectores que le permitían su cultura enciclopédica y su capacidad de información descomunal. Mil veces afirmó la necesidad de subordinar el interés partidista, militante en tal o cual campo, al culto de la verdad, acuñando la consigna « la verdad quiere cetro ». Muy suyas podrían haber sido las fórmulas del joven Unamuno, que escribía en 1906, el mismo año en que dio testimonio de su admiración por Martí :

El único culto perfecto que se le puede rendir a Dios es el culto de la verdad. Ese reino de Dios, cuyo advenimiento piden a diario maquinalmente millones de lenguas manchadas en mentira, no es otro que el reino de la verdad.³

Por supuesto, es muy fácil pregonar, como el joven Lenin, que la verdad siempre es revolucionaria, cuando no se tiene responsabilidades. El Martí político aprendió de táctica y de estrategia, y sabemos que el político contemporáneo que le despertaba admiración era Gambetta, el republicano francés, fundador de la Tercera República francesa en 1871 que tuvo como divisa positiva el «oportunismo », es decir la alianza con el centro (representando él la extrema izquierda) para resistir los embates de la derecha, en total oposición con los lemas éticos que sostienen habitualmente la propaganda de los políticos, y que remiten siempre a nociones de constancia en el tiempo, firmeza en la adversidad, y fidelidad a tal o cual tradición. No queda más remedio que tomar en cuenta dos impulsos — en la raíz de las decisiones martianas — que pudieron entrar en conflicto : la pasión por la verdad desnuda y saludable, aun si nos duele, y la inteligencia de las relaciones de fuerzas, a la hora de escoger entre callar o pregonar a plena voz. Uno podría pensar que, a la hora de evocar el pasado, lo que ya no tiene protagonistas contemporáneos, el control de la expresión puede aflojarse, que ya no tiene por qué correr la sangre sobre problemáticas que el propio paso del tiempo se encargó de aplacar, de vencer. Sin embargo, aun en sus evocaciones de las eras más remotas, Martí parece no considerar al pasado como cosa muerta, sino como algo dormido, que puede actualizarse bruscamente como sueño premonitorio, o implacable presente. Este es otro punto de vista que lo hermana con Unamuno, renovador del concepto de la tradición. Y por sentir el pasado todavía vivo y explosivo, parece que Martí lo trata con más precauciones aún que lo que atañe a los combates en que se dejan sumir sus contemporáneos. En resumidas cuentas, nos resulta extraordinariamente elusivo.

Intentaremos analizar la selección que hace Martí a partir de sus conocimientos, cuando le toca resumir acontecimientos del pasado, y nos preguntaremos si esto se puede relacionar con alguna teoría de la historia.

La lectura martiana de la biografía de Las Casas

En *La Edad de Oro*, hay una voluntad de enseñar historia a los jóvenes. Por eso tiene relevancia especial el enfoque dado a Las Casas, como actor principal en la etapa de la Conquista, y porque éste a su vez quiso ser historiador, para moldear el futuro según su altísimo ideal evangélico. Aún hoy en día los escritos de Las Casas suscitan polémicas, se pone en tela de juicio las proyecciones demográficas que dedujo a partir de los datos de índole testimonial de que disponía. A Martí le tiene sin cuidado la validez de los escritos de Las Casas, no obstante decisivos en cuanto que es uno de los primeros cronistas de la Conquista. Sabemos que el título tan mediático de « Brevísima historia de la destrucción de las Indias » fue aprovechado como arma de propaganda por los imperialistas ingleses en su proyecto de sustituir la dominación española en América. En el siglo XVIII, son los ilustrados y humanistas franceses los que lo retoman, asentando la costumbre de apoyarse en Las Casas para cualquier proyecto que amplíe la aplicación de los derechos humanos, lo cual desemboca en el magnífico impulso actual de la resistencia indígena. El valor propagandístico de los cálculos lascasianos sigue aprovechado además por los que quieren reducir el alcance de la diplomacia española actual en América, paralizando el ejercicio del sentido crítico con el concepto de genocidio. Lo intrigante es que Martí no aproveche el anticolonialismo lascasiano para fundamentar el de su tiempo, sino que parece rechazar la deshonestidad — tan difundida — de una extrapolación a partir de escritos ya de por sí instrumentales.

Martí parece haber elegido a Las Casas como héroe y patrón suyo por adivinar en su personalidad rasgos estéticos. Posiblemente, le haya llegado la adhesión por Las Casas a través del cuadro fundador de Félix Parra, el pintor mexicano. Este cuadro sugiere la crucifixión de Las Casas, con los brazos en cruz, y la de sus protegidos, inmolados a sus pies ; es de 1875, y Martí no lo comentó en esos años aunque vivió en México ese mismo año, pero colocó la reproducción del mismo en *La Edad de Oro*. Después leyó la biografía de Juan Antonio Llorente. Se puede sospechar que mucho de lo que Martí destacó del pasado, lo había fijado por rasgos tomados de alguna versión artística de lo sucedido. Escribió : « los poetas siempre preceden »⁴. Como había dicho Víctor Hugo : « Se entra mucho más profundamente en el alma de los pueblos y en la historia interior de las sociedades humanas por la vida literaria que por la vida política »⁵. Consideramos aquí que la agudeza que ambos perciben en el artista literato se puede extender a los pintores (máxime cuando recordamos que a Martí le gustaban los cuadros bien realistas, de temas históricos o sociales, siempre aleccionadores).

Pues bien, Martí amó a las Casas porque amaba a los indefensos humillados, y entre éstos a los mismos indios a los que había defendido Las Casas, pero veremos que no le sigue la corriente en la explotación de la capacidad de compasión para cegar el espíritu crítico y dar por cerrado cualquier debate. Martí fue tan buen fabricante de mitología como Las Casas, es decir capaz, a partir de casos singulares, de crear la dinámica asociativa inconsciente que generaliza la lección y que puede llegar a sustituir la relación analítica y respetuosa de los datos contradictorios. Incluso se podría decir que luchaba contra el mismo adversario que Las Casas : el colonialismo español. Sin embargo no mitificó para aterrar, para incriminar y condenar a sus enemigos de fines del siglo XIX, ni para intimidar a sus amigos lectores.

Llama la atención su desasimiento de cualquier hecho preciso. El índice onomástico de las *Obras Completas* nos da acceso a una lista de menciones, de alusiones a tal o cual individuo que dejó huellas, pero en las arenas del olvido de sus acciones precisas, o su contexto específico. Parece dar por sentado que sus lectores tienen la misma cultura que él, sabrán desenrollar el tapizado. Pero si así fuera, sería un igualitarismo simulado, de pacotilla, pues él sabe muy bien que, por lo menos en su labor periodística, se espera de él que ofrezca información, precisamente, porque el que busca sus artículos es el que no sabe. No es alarde de pedante la ligereza con la que desinforma Martí. En el caso de Las Casas, los gestos que le interesan del personaje son los privados : la tenacidad para conseguir que lo atiendan, el llanto, el vestir de luto a partir de cierto desgarramiento. No se informa para nada a los niños lectores de *La Edad de Oro* del triunfo de Las Casas en la controversia contra Sepúlveda, de la abolición de la encomienda, de la promulgación de las Nuevas Leyes de 1542. Como si a Martí no le interesaran las victorias, ni siquiera las de su bando, las de sus hermanos de alma. Martí se adelanta a las reticencias modernas, que desde un punto de vista tercermundista le reprochan a Las Casas la introducción de esclavos africanos, porque averiguó que llegó a arrepentirse de su ocurrencia tan desafortunada, exployada en el «Undécimo remedio », de 1516. De modo que la evocación histórica sólo le sirve a Martí para aleccionar sobre una conducta individual digna de imitación.

El reencuentro con el lugar común, fundador de comunidad

No queda más remedio que aceptar que a Martí sólo le interesaban del pasado los sujetos, los individuos en sus esfuerzos por alcanzar la plenitud de su destino, no los resultados adventicios de impulsos colectivos ni la diferencia de ideologías o religiones. Y entre los individuos, exclusivamente, los héroes, famosos o desconocidos. En el homenaje funerario al poeta Alfredo Torroella, en 1879, en el Liceo de Guanabacoa, instaura lo que va a ser práctica sistemática en él : proyectarse en el homenajeador a través de determinados rasgos de carácter comunes :

¿ Qué amaba él ? — Los héroes de la historia. Su padre la contaba : que nunca deben los padres abandonar a otros el molde a que acomodan el alma de sus hijos : y con Catón el rudo, con la víctima noble de Sphialtes, con la brava Lucrecia, con el tremendo Bruto, encendíase aquella faz radiosa, y a menudo lloraba lamentando cómo era ya pasado el tiempo de los héroes. — ¡ Cuánto anheló para sí el manto de Régulo, la palabra de Hortensio, la toga de los Gracos ! — ¡ Si fueran los padres en el hogar, ya que no copia, ejemplo al menos de respeto a los buenos, los justos y los bravos !... ¡ Generación de bravos sucediera a esta generación anémica y raquítica !⁶

Es decir que Martí quiere ser síntesis de Catón, Bruto, Hortensio y los Gracos, y lamenta que su propio padre no haya sido el eslabón en la transmigración de aquellas almas hasta él. Todo en la escritura martiana sugiere que para él no hay más que un tiempo, el presente. Es decir que sólo vale lo que tiene presencia, bien con el sustento de la corporeidad contemporánea, bien en el recuerdo intenso, bien en el sueño para el futuro. Lo demás es intrascendencia, es vacío, es nada, es maligno si sale de su indiferenciación nebulosa. La tarea de los héroes es la de hacer más presentes que otros algunos componentes de la humanidad. Sabemos que para él la muerte no era ruptura, sino acceso a un mundo de mayor claridad. Así en el mismo velorio del infortunado Torroella concluía :

¡ Muerte ! ¡ Muerte generosa ! ¡ Muerte amiga...! ¡ Seno colosal donde todos los sublimes misterios se elaboran ; miedo de los débiles ; placer de los valerosos ; satisfacción de mis deseos ; paso oscuro a los restantes lances de la vida ; madre inmensa, a cuyas plantas nos tendemos a cobrar fuerzas nuevas para la vía desconocida donde el cielo es más ancho, vasto el límite, polvo los pies innobles, verdad al fin las alas ; simpático misterio, quebrantador de hierros poderosos ; nuncio de libertad... te hemos robado un hijo...! ¡ Digno era de tí, pero nos hace falta...! Calientanos su fuego, animanos sus cantos, suavízanos su amor, fuerzas nos da su indómita energía. Búscalo si lo quieres, en el hogar de los desnudos, junto al lecho de los enfermos, en el corazón de los honrados, en la grave memoria de los hombres, en las pálidas almas de las vírgenes. ¡ Pero si tanto has de arrancarnos para llevarlo a tu hondo seno, ¡ ay ! nunca vengas, que las vírgenes y los honrados nos hacen mucha falta ! ¡ Muerte, muerte generosa, muerte amiga ! ¡ ay ! ¡ nunca vengas !⁷

De modo que era insensible al vértigo ante lo remoto, que nos hace ver el pasado a la vez más pequeño que lo que tenemos a mano, y más misterioso, oscurecido por la distancia. Al no imaginar su propia muerte como caída en el precipicio de lo desconocido, no necesitaba capturar el pasado, apoderarse de él para afianzarse en el presente. Y entendemos la selección de los datos que opera en una biografía como la de Las Casas. Evidentemente, lo que procuraba era reducir el suceso histórico al impulso que le diera tal o cual individuo descolante, y en la trayectoria de éste, al momento de brillantez ética que a él le interesaba. Hundir en el sin sentido y sin importancia el contexto e incluso el texto escrito por el entrecruzamiento de biografías, y convertir a los héroes nombrados en nuevos astros del firmamento a los cuales debemos buscar constantemente y de reojo, para afianzar la mira central, nuestra propia metamorfosis por una serie de conductas éticas. Y aquí se descubre la clave de la aparente manipulación que

hace Martí de datos históricos : no le interesaba apoderarse del futuro, no iba de conquistador de naciones ; por lo tanto no le interesaba recalcar los momentos victoriosos de los héroes por los que sentía simpatía. Su meta era que en el recuerdo de su lector los ejemplos que él revivía asentaran la fe, la del lector en sí mismo, para luchar por determinados objetivos generosos. Y la fe se alimenta de la comunión en el esfuerzo paroxístico, no en los triunfos, siempre parciales y provisionales. De ahí la búsqueda de rasgos íntimos en sus personajes predilectos, la búsqueda de una zona misteriosa de la persona en que se cruzan carácter heredado, sueños sin límite y proyectos concretos, más las reacciones siempre sorprendidas a los contratiempos y obstáculos.

Y creemos que en esa extraña manera de hacer historia, reencontraba el profetismo, es decir una expresión poética de lo divino soterrado en cada uno ; no hace falta demostrar que él profesaba cierto providencialismo del cual la ciencia se pretende muy enemiga, que en el caso de Martí podemos relacionar con su mística masona del progreso. Ahora bien, se trata de un providencialismo muy particular, que no está reñido con el respeto a los hechos, aunque parezca, que no opera reducción dogmática en la materia prima de lo que las fuentes arrojan como basural heterogéneo ofrecido a los arqueólogos golosos, sino todo lo contrario, abre un campo de libertad a partir de las conquistas de los historiadores, de su lucha por la demostración de verdades donde la propaganda de una etapa anterior había impuesto cierto grado de mentira. La libertad de reflexión que instaura Martí no tiene límites. De cualquier momento histórico, preferiblemente romántico, es decir con el profundo relieve que da la derrota, saca « lo alado » encarnado en alguna individualidad. Y hace de esas « alas », que se nos vuelven presentes gracias a él, « verdad », es decir clave necesaria para restituir la dinámica positiva que circula por todas las fases y facetas de lo historiable, y que conviene atizar para hacer de lo contemporáneo fuente de vida y no de muerte.

Muy alejado al final lo encontramos de Unamuno, pues éste creía necesario hurgar en las heridas, propias y ajenas, para derrocar la mentira demagógica. El arma estilística de Unamuno era el refranero, los giros populares que expresan con tanta fuerza el sentido común, con su inagotable autoridad para dictar a la conciencia individual cuál es el lugar común al que hay que aferrarse para crear comunidad de convicción y acción constructiva. Unamuno completaba la infinita antología de la sabiduría popular con sus sentencias personales, no menos autoritarias. Martí no se apoya en el refranero, aunque es igualmente imperioso en sus innumerables sentencias personales, que son mandamientos incontestables. Él prefiere siempre el tacto y la caricia ; según el calificativo acuñado por Fina García Marruz⁸, es « caricioso », para llevarnos a sus conclusiones, y según la misma Fina, éste es un rasgo criollo, desarrollado entre los cubanos. Nos atrevemos a afirmar que el tacto y la caricia son además las armas del débil, y especialmente del sirviente. Martí, queriendo ser servidor de su pueblo y sus ideales, trata de ablandar en sus lectores lo que tienen de señorial, presuntuoso,

injusto y prejuiciado. Es así cómo el lugar común que pone en movimiento con su escritura afectiva pertenece al ámbito de la dinámica amorosa, y una vez que nos tiene hermanados de esta manera, allí es donde se nos vuelve exigente, imperioso. La dulzura servicial del que quiere curar heridas — aunque el lector no sepa que está lligado por falsos conceptos rencorosos — es otra arma más en su lucha por enamorarnos no de él como ídolo, sino de él como señuelo de lo heroico universal, de lo cual quiso ser vehículo. Por eso le dedicó a temas del pasado las páginas que conocemos, para majar los dogmas que pueden nacer de la historia que se pretende ciencia, y para extraer del mismo material algo distinto, un bálsamo mágico, el « zumo de la historia », como dice Cintio Vitier.

¹ George Orwell hizo de ello una de las bases de los totalitarismos modernos en *1984*, novela publicada en 1949. Ya Balzac recalca la existencia de una historia *ad usum delphini* en contraste con otra, la de los hechos que a la primera le conviene ocultar, y que es utilizada por los del bando contrario también como arma de control de la población.

² *Obras Completas*, La Habana, 1963-1966, XV, p. 395, « Libro nuevo y curioso », en *La América*, Nueva York, mayo de 1884.

³ « ¿ Qué es verdad ? », en *Soledad*, Madrid, Espasa-Calpe, « Colección Austral », 1946, p. 152.

⁴ O. C., XV, p. 363, « Oscar Wilde », en *El Almendares*, La Habana, enero de 1882 y *La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882.

⁵ « On entre beaucoup plus profondément dans l'âme des peuples et dans l'histoire intérieure des sociétés humaines par la vie littéraire que par la vie politique ».

⁶ O.C., V, p. 84.

⁷ *Loc. cit.*, p. 89.

⁸ Ver entre otros textos el decisivo « Martí y los críticos de Heredia del XIX », en C. Vitier y F. García Marruz, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional, 1969.